

DISCURSO DE CONTESTACION
DEL
Ilmo. Sr. D. ANTONIO PEREZ GOMEZ



Con el notable discurso que acabamos de escuchar, don Juan García Abellán, Académico electo, pasa a ser el Ilustrísimo Señor don Juan García Abellán miembro de número de esta Academia. Se incorpora a las tareas corporativas en las que ha de destacar con eficacia, por su vocación de investigador, sus excelentes dotes de exposición y por su estilo lleno de gracia, de viveza y de verdaderos hallazgos en la sintaxis y en el vocabulario, que le prestan un inmenso poder evocativo.

Contesto yo a su discurso porque, a petición del nuevo Académico, así lo acordó la Academia. Este encargo es para mí un alto honor y, también, una satisfacción extraordinaria. Debo pues comenzar dando la bienvenida al Doctor García Abellán, en mi nombre y en el de la Corporación, y expresándole mi gratitud por haberme elegido para contestar a su discurso.

Es norma, en todas las Academias, y en aras a la brevedad, que el nuevo académico, en vez de leer su discurso íntegro, elija los pasajes que, a su juicio, son los más importantes y significativos y contienen aportaciones más novedosas al tema que eligió. Y aunque los trozos leídos, hábilmente seleccionados, ponen de relieve un meritorio estudio sobre la vida murciana en el siglo XVIII, yo aconsejo a todos que lean después con atención el texto íntegro; nadie lamentará hacerlo, porque pasará un agradable rato en la lectura, aprenderá bastantes cosas y comprobará con qué maestría el nuevo Académico contempla la Murcia dieciochesca.

En cualquier época que el escritor elija en la vida de un pueblo, se encontrará con sucesos resonantes, batallas, revueltas, cambios políticos..., y con un elenco de personajes que pronuncian discursos, hacen frases sonoras, mandan soldados al combate, manejan el gobierno de la ciudad y se colocan en primera línea. Es la corteza de una época; hombres y cosas llenos de re-



sonancia y muchas veces de oropeles. Para evitar que los olvidemos, se levantan estatuas, se erigen monumentos, se rotulan calles, se publican diccionarios biográficos, verdaderos panteones de lo que pasó, y se escriben Historias que estudiamos en el bachillerato o en la Universidad, y todo para que recordemos esas cosas u hombres que tuvieron sólo una resonancia pasajera, un brillo más o menos fugaz, que perduran porque la "gran historia" conserva su recuerdo.

Pero debajo de esa corteza, como yema o pulpa jugosa y escondida, está la rica colmena del trajinar diario de gentes sin brillo, de un pueblo que bulle como las abejas en el panal; son seres que aman y odian, que tienen alegrías y tristezas, vicios y virtudes, dentro de un anónimo vivir cotidiano con sus peripecias cómicas o trágicas, pero soterrado y escondido a la vista por la corteza brillante de figurones que quedaron en estatuas o en las páginas de diccionarios biográficos.

Y esas gentes modestas, hombres y mujeres que pululan por las calles de la ciudad, discuten y se divierten, cavan en los bancales de la huerta, venden sombreros, paños o melones, engañan a papanatas con trampa de naipes en las esquinas, venden o regalan ratos de placer en los prostíbulos, hacen oficios de saludadores o exorcistas con riesgo continuo de ir a parar al brasero de la Inquisición, esas gentes son, precisamente, como las abejas, las que mantienen la continuidad de la vida en los pueblos y las que con su ajetreada, pintoresca y escondida actividad moldean el carácter esencial de cada generación. Son la materia de la "pequeña historia".

Juan García Abellán cuando estudia una época del vivir murciano, pasa sobre ascuas por los oropeles, por la corteza, y se detiene y adentra con amor, con instinto certero, en la yema, la pulpa y el panal y va conservándonos con minucia, gracia, acierto y peculiarísimo estilo, lo más característico y significativo de aquellos años. Por eso quien quiera conocer bien la vida popular en la Murcia dieciochesca, que no acuda a ningún libro de historia y que lea el discurso que aquí se ha pronunciado esta noche.

A mí me complace que Juan García Abellán haya aumentado el campo de su investigación sobre la pequeña historia de Murcia, pasando de los años del siglo XX que con tanto salero describió en su "Murcia entre dos calles", haciendo hoy esta excursión al siglo de las luces para evocar ante nosotros lo que era la colmena viva de nuestra ciudad en aquellos años.

Y quiero poner de relieve, con más intensidad, con una experiencia personal mía, ese poder de evocación que tiene su prosa y la profundidad con



que cala, y logra resucitar, el ambiente de la vida murciana en una época. Cuando yo leí "Murcia entre dos calles", de entre las páginas del libro comenzaron a ir surgiendo figuras y episodios de unos cuantos años antes, muy pocos, de los que él historiaba; comenzaban a resucitar ante mí, con una realidad viva como si las tuviera delante, cosas y personas entre las que viví en mi estancia en Murcia como estudiante de Derecho en 1917 y 1918; el Hotel Patrón donde me hospedaba; las horas pasadas escuchando a Enrique Martí tocar el piano en uno de sus salones alterando el repertorio cuando me veía entrar; la Sala de Armas del Casino; el Campo de Tenis de la Fábrica de la Pólvora; las tardes de invierno soleadas en el Malecón; mis caracoleos sobre el tablado del escenario del Romea, emparejado con don Ramón Carande, Catedrático de la Universidad, vestidos de coraceros en una función de aficionados. Todo eso fue adquiriendo una realidad viva y emergía de las páginas de su libro.

Y lograr esto es muy difícil. Se necesita mucho arte en el narrador y precisa de un don que no a todos los que escriben se concede. Durante aquellas lecturas yo recordé muchas veces la célebre obra de Marcel Proust, "A la recherche du temps perdu". En un largo número de páginas con las que la novela comienza, se analiza el primoroso milagro de como el narrador, ya hombre maduro, al degustar un trozo de magdalena mojado en té, percibe que ese sabor comienza a agitar un rico caudal de recuerdos que el tiempo había cubierto de una capa de olvido transitorio, y siguiendo febrilmente el hilo que nacía de ese sabor de la magdalena, se iba adentrando en su memoria y lograba hallar la ruta del descubrimiento del pasado. En la misma forma que la vida de Proust, de niño, en Combray, y la tía Leonie, y Françoise, y Charles Swan, y la angustia cuando algo le privaba del beso materno, surgían de pronto ante el narrador evocados por el sabor de la magdalena mojada en té, exactamente igual toda mi vida en Murcia durante aquellos dos años, todos sus episodios, las baladas de Chopin que Enrique Martí tocaba para mí, el cruzar de floretes en la Sala de Armas del Casino, el caracoleo sobre el tablado del Romea... y otras muchas cosas más, surgían de pronto de entre las páginas del libro de este flamante Académico, resucitados por el poder evocador de su delicioso estilo y de su insuperable maestría como narrador. Comprenderéis porqué le agradezco el haberme designado para contestarle hoy a su discurso de ingreso en la Academia.

A los cincuenta años que hoy tiene Juan García Abellán, ha logrado adquirir prestigiosa y bien ganada nombradía en varios campos de la vida intelectual. En el profesional, culminando su carrera con el grado de Doc-



tor, ejerciendo su profesión con decoro con la toga, y además con la pluma en algo más de una docena de libros dentro del campo del Derecho Sindical y Laboral, aparte de numerosas colaboraciones en revistas y artículos de enciclopedias jurídicas. Y logra cuidar con igual decoro y éxito otras vocaciones nobles; la docencia llegando a Profesor Adjunto Numerario de nuestra Universidad; la poesía publicando tres libros que siempre se releen con placer; y la de ameno reportero literario e historiador de la vida murciana, en numerosos artículos en periódicos locales y nacionales y, sobre todo, en esos tres libros maravillosos: "Murcia entre bocado y trago", "Murcia entre dos calles", el bien reciente "Viaje a la Catedral" y el Discurso que acabamos de oírle. Comprenderéis con cuanta razón dije también al principio, que me honraba dando la bienvenida a esta Corporación a Juan García Abellán, que entra en ella con un rico caudal de publicaciones merecedoras de que se le hayan abierto, de par en par, sus puertas.

